





1982

● Raúl Madero González

Es uno de los últimos generales revolucionarios. Nació en la Hacienda del Rosario, en Parras de la Fuente, Coahuila, el 16 de septiembre de 1888, siendo miembro de la familia Madero, una de las más influyentes del Estado, misma a la que pertenecía Francisco I. Madero, a quien acompañó en los primeros momentos de la rebelión armada de 1910.

Sobre sus primeros años, no hay más que una referencia, que señala que sus relaciones familiares están contenidas en los documentos epistolares de 1905 a 1908, desde el momento en que Francisco le comentó su decisión de iniciar sus trabajos políticos.

Como mencionamos antes, fue uno de los primeros en unirse al movimiento armado encabezado por su hermano, y así tenemos que el 13 de febrero de 1911, Raúl Madero se encuentra entre los que esperaban en Bravos, Chihuahua, el arribo de Francisco I. Madero a México de su exilio en Estados Unidos, ocupando entonces el puesto de Tesorero del grupo de campaña. Después de la derrota de Casas Grandes, se dirigió junto con su hermano y el resto del contingente a la Hacienda de Bustillos, en el mismo Estado de Chihuahua, para reponerse de la derrota.

Cuando a fines de ese año, Madero inicia su avance hacia Ciudad Juárez, Raúl Madero González forma parte de la vanguardia, apoyando a José Orozco, hermano de Pascual, quien antes había sostenido un combate con las fuerzas federales, en Bauche, y cuando estuvo a punto de ser derrotado, fue salvado por las tropas de Francisco Villa y Raúl Madero.

Al triunfo de Madero, junto con el mismo Francisco Villa, queda bajo las órdenes de Victoriano Huerta, combatiendo a la rebelión orozquista, entre marzo y junio de 1912. En el transcurso de esa campaña, Raúl Madero interviene a favor de la vida de Villa: durante su

estancia en Jiménez, Chihuahua, los soldados de Villa recogen en el campo una hermosa yegua; el propietario pide que le sea devuelta, cosa a la que Villa se niega.

Para que aprehenda al General Villa por desobediencia e insubordinación. Las circunstancias se agraban cuando el General Huerta forma el cuadro para fusilarlo.

Y en efecto, se forma el cuadro y Francisco Villa está en el paredón para sufrir la condena acordada. El famoso guerrillero suplicaba que se le dijera por qué iban a hacer eso con él. El teniente Coronel Rubio Navarrete y Raúl Madero hicieron rápidas gestiones cerca del General Huerta, quien le perdona la vida, ordenando sea conducido a la capital.

En 1913, a la caída de su hermano de la presidencia, junto con el vicepresidente Pino Suárez y su posterior asesinato, Raúl Madero se une a las fuerzas constitucionalistas dentro del grupo que comandaba Francisco Villa, para combatir al huertismo. De esta manera, participa en la toma de Torreón en 1914 y el 23 de junio del mismo año, encabezando la Brigada Zaragoza, colaboró con el triunfo de Villa en Zacatecas.

Al darse el distanciamiento entre Carranza y Villa, Raúl Madero se ve involucrado en las negociaciones para llegar a una reconciliación entre ambos jefes revolucionarios, ya que a su casa llega Obregón, Serrano y Villagrán para entablar diálogo con Villa y evitar la ruptura que ya era inminente. Al quedar Obregón cautivo de Villa, interviene en favor de éste para evitar que sea ajusticiado.

Al celebrarse la Convención de Aguascalientes en 1914, Raúl Madero participa como delegado de la fracción villista y cuando la Soberana Convención se traslada a la Ciudad de México, Madero la acompaña.

Durante los enfrentamientos entre las fuerzas de la Convención y el Ejército Constitucionalista, Raúl Madero fungió como Gobernador Provisional de su Estado durante el mes de junio de 1915. En el mismo año y debido al triunfo del constitucionalismo, Raúl Madero marcha al exilio durante quince años regresando al país en 1930.

Un año más tarde, en 1931, es designado Agente de Agricultura en Nuevo León, después, Gerente de la Comisión de Fomento Minero, posteriormente, Presidente del Consejo de Administración del Banco del Ejército y la Armada, Director de Pensiones Militares y en 1957, Gobernador Constitucional en su Estado natal, cargo que ejerció hasta 1963.

Cabe aclarar que un año antes de ser electo Gobernador, participó en la inauguración de una estatua de Francisco I. Madero en Tlaxcoaque, así como en el homenaje efectuado, en ese mismo año, a Venustiano Carranza.

Entre otras condecoraciones, recibió el grado de Segundo Comandante de la Legión de Honor, y la Medalla de Honor Belisario Domínguez otorgada en 1982 por el Senado de la República; participó de manera activa en las campañas presidenciales de los generales Lázaro Cárdenas y Manuel Ávila Camacho.

Raúl Madero González murió en el año de 1983, a los 95 años de edad, totalmente retirado de la vida pública.

DISCURSO DEL SENADOR MARIANO PALACIOS ALCOCER

Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos; ciudadano Presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación; Señor Presidente de la Honorable Cámara de Diputados; muy distinguidos miembros del Gabinete Presidencial; Honorable Senado de la República; con su venia, Señor Presidente de esta Asamblea:

Acudimos hoy a la Sesión Solemne del Senado de la República, donde se hace entrega de la medalla que lleva el nombre de Belisario Domínguez, a un eminente mexicano, y si el simple hecho de estar aquí es honroso, lo es más formular a nombre de esta Cámara algunas consideraciones.

Evocar la fecha memorable del 7 de octubre de 1913, nos permite recurrir, más que una narración sistemática de los hechos, al verdadero sustento ideológico de la Revolución Mexicana. Andre Malraux sostuvo ante las juventudes europeas que una Revolución era triunfante cuando liberaba a un pueblo, mediante una nueva concepción del hombre. La nuestra, al dignificar al pueblo mediante la defensa de sus derechos sociales, crea una nueva concepción del hombre y la trasciende al dar su Constitución.

Hoy el Senado de la República, concede la Medalla Belisario Domínguez a un distinguido ciudadano, al Señor General de División Raúl Madero González, quien enfermo en su cuerpo y poderosamente vigorizado en su espíritu, es una página viviente del México revolucionario de nuestro siglo.

Que grave responsabilidad la de un veredicto como éste: tanto por lo que significa la presea que es el símbolo mismo de los más altos valores cívicos y por las excelsas virtudes que la Comisión descubrió en la mayoría de quienes fueron postulados, como el propio dictamen lo expresa. Y sin embargo, cuán irreprochable la elección, honrar a Raúl Madero González, es una decisión lucidísima, es recuperar de nuevo en este 1982, cargado de signos de vida revolucionaria, el espíritu que animó a los hombres que forjaron el México de este siglo, el que nació de la sangre de nuestro pueblo, de su grito de dolor, de su alma rebelde un 20 de noviembre de 1910, y Raúl Madero estaba ahí, aquel día de otoño con su apellido de cimiento renovadora y su destino abierto, a lo que pudiera acontecer.

Nacido el 16 de septiembre de 1888, en la Hacienda del Rosario, Parras de la Fuente, Coahuila, desarrolló su carácter en aquel desierto que tantos hombres ilustres ha entregado a nuestro país. Sus relaciones familiares de niñez y juventud, están contenidas en los documentos epistolares de 1905 a 1908, desde el momento en que Francisco le comenta su decisión de iniciar sus trabajos políticos y la publicación de su libro *La Sucesión Presidencial*, se siente entrañablemente unido a la causa de la Revolución y se proyecta como un talentoso revolucionario y como un disciplinado soldado. Ahí trata a Aquiles Serdán, a Venustiano Carranza y Abraham González, y cuando el 20 de noviembre, Francisco I. Madero, cruza el Río Bravo para iniciar la lucha en territorio nacional y los correligionarios no llegan, cuando todo parece haber fracasado, Raúl Madero, poseedor de un carácter esforzado, con el poder mismo que da la esperanza, alienta y reconforta los momentos de cavilación y de inquietud. Nada los detendría, nada los debilitaría, nada los vencería. Sólo los inspira el supremo ideal de la democracia.

Raúl y Francisco I. Madero, una misma sangre y un mismo destino que se cumple por caminos distintos. El apóstol y el guerrero. Francisco, la vocación de estadista, Raúl el hombre de acción. En uno la resolución y la inteligencia, el otro la voluntad y el corazón en la batalla. Dos horizontes para un sueño. Dice Lawrence que todos los hombres sueñan, pero no hacemos de la misma manera. Aquellos que sueñan por la noche entre los repliegues polvorientos de su mente, se despiertan con el día y saben que todo era vanidad, pero los soñadores diurnos son hombres peligrosos porque pueden actuar su sueño con los ojos abiertos para tórnalo posible.

Raúl y Francisco I. Madero, como todos los hombres de la Revolución Mexicana sueñan de día, son el peligro en sí, el reto a la tiranía, pero el sueño común no destruye la identidad: Carranza es la energía, la sobriedad y el don de mando; Villa es vitalidad y arrojo exuberantes; Zapata cólera que deviene en sentimiento de justicia; y Belisario Domínguez, sacrificio sin límite por la libertad.

Pues bien, en esa sinfonía de almas encendidas que es toda revolución, Raúl Madero González, elige para participar en la nuestra, la ofrenda litúrgica en los campos de batalla. Hombre de acción como Villa, es durante la guerra civil convicción de que cada gesto heroico es una invitación a la utopía: Zacatecas y Torreón son dos nombres que recuerdan su entrega, mientras que Aguascalientes evoca el ejercicio de su inteligencia como representante villista en la convención, en esa convención inolvidable.

Por lo general, el hombre de acción, espontáneo, sin límites en los momentos en que se enfrenta al vértigo de los acontecimientos, es renuncia al poder, pero al mismo tiempo temperamento apacible bajo la exigencia de los cauces institucionales. Raúl Madero González, no es la excepción. La Revolución prosigue pero su dialéctica cambia: la construcción de un orden nuevo sucede a la etapa de la violencia legítima. Raúl Madero transforma el heroísmo en lealtad, la rebeldía en actitud conciliatoria, y “sin importarle jerarquías,” asume ejemplarmente la condición que le exige el México posrevolucionario. Sin volver el rostro atrás, sin nostalgia por la tormenta, Madero sirve a México como administrador y gobernante.

Último superviviente de aquellos valerosos hombres que empuñaron las armas el 20 de noviembre e iniciaron con Francisco I. Madero la lucha contra la dictadura; Raúl Madero, es a la vez el último ejemplo vivo de las etapas que ha recorrido nuestro pueblo durante el siglo XX. Por eso honrarle es también honrar al noble pueblo de México, a su glorioso Ejército revolucionario y a todos aquellos hombres que no volvieron a ver la luz del día.

El círculo se cierra: si la Medalla Belisario Domínguez, honra a Madero, las virtudes de éste, el testimonio de su vida honesta y esforzada, vivifican y nutren la memoria a Belisario Domínguez. La sangre de éste se legitima, su sacrificio encuentra la mejor recompensa en hombres que como Don Raúl, compañero de sus sueños, aliado en su sufrimiento, víctima del mismo tirano en la carne de la familia, dieron cumplimiento a aquel imperativo que deseaba lanzar desde este foro: “La Patria os exige que cumpláis aún con el peligro y aún con la seguridad de perder la existencia”, y que después, restaurada la República, sostuvieron con lealtad la vida democrática de México.

Belisario Domínguez, Francisco y Raúl Madero, tres destinos que se enlazan en este devenir, permanentemente abierto, que es la Revolución Mexicana. El Senado de la República, al conceder la Medalla Belisario Domínguez al General Raúl Madero González, en estos difíciles tiempos, vuelve la mirada a la Revolución como fuente generosa de alternativas históricas.

Hoy, los mexicanos que nacimos en la segunda mitad de nuestro siglo, reconocemos en la figura de Madero el testimonio de esa época y de esa acción. No tuvimos el destino de vivir la Revolución armada, pero por ella nacimos, y por ella somos. Nos ha correspondido la Revolución vertida en instituciones y en ellas vemos el cambio y la solución nacionales.

Ese día, cuando México enfrenta valiente y unido la influencia interactuante de un mundo injusto y contradictorio, el ejemplo de Belisario Domínguez, defensor de las libertades y la dignidad parlamentaria, cobra nueva vida.

Ahora, el Estado Mexicano garantiza y alienta el ejercicio de las libertades, somos una sociedad más madura, consciente y participativa y democrática.

En México el poder se transmite por la vía del derecho y en función de la suprema voluntad popular, así, democráticamente como usted Señor Presidente, llegamos aquí. Así llegará con apoyo popular sin precedentes Miguel de la Madrid Hurtado y con ello se garantiza la Revolución Mexicana como el más viable de los proyectos nacionales.

H. Senado:

Yo recuerdo permanentemente la afirmación con que concluye Rudolph Von Ihering su célebre obra,... la lucha por el derecho, en Viena: "No merecen la libertad ni la vida quienes no luchan diariamente por conquistarla." Y la historia nuestra es la síntesis de nuestras luchas.

Cuando al Senador Belisario Domínguez se le planteó la disyuntiva de vivir sin libertad o ejercer ésta con el riesgo de aquella, no dudó en definirse como hombre de lucha en defensa de la libertad.

Por ello, el mejor homenaje que brindamos a nuestros héroes es continuar, congruente, razonada pero apasionadamente, su proyecto nacional. Hoy nos corresponde mantener viva nuestra capacidad de denuncia ante la ilegalidad, nuestra capacidad de enardecimiento ante la injusticia, nuestra capacidad de análisis ante la realidad, nuestra capacidad de crítica ante nosotros mismos, nuestra capacidad de respuesta ante los reclamos populares, todo ello, con una sólida moral revolucionaria, y parafraseando al ilustre chiapaneco: señores Senadores, que esta representación nacional, que el pueblo de todo México, que cada individuo de nuestro país cumpla con su deber, y la Patria se habrá salvado.

Honorable Senado de la República, en la década de los 50's, todavía conmocionada la conciencia mundial por los desastres de la Segunda Guerra, un filósofo del existencialismo, Jean Paul Sastre, afirmó que el hombre era un ser que vivía por algo que no tenía sentido y moría por algo que no valía la pena.

Hoy, el Senado de la República, contra aquella frase alarmista y angustiosa del existencialismo, erige dos figuras señeras: la de un hombre que murió por algo que sí valía

la pena, Don Belisario Domínguez; y la de un hombre que sigue viviendo por algo que sí tiene sentido, Don Raúl Madero González.

DISCURSO DEL C. FELIPE MADERO GONZÁLEZ

Señor Presidente de la República; Señor Presidente del Senado; Señor Presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación; señores Senadores y señores Diputados al Congreso de la Unión; señoras y señores:

En nombre de mi padre, el General Raúl Madero González, vengo a esta ilustre tribuna del Senado para agradecer la distinción de que ha sido objeto de parte de este honorable Cuerpo Legislativo, al concederle la Medalla Belisario Domínguez en reconocimiento a su vida, al servicio de la Patria. Honrosa diferencia, que estimamos en todo lo que de relevante tiene; toda vez que la presea se otorga justamente, como el dictamen de la comisión lo señala, a quienes han sido ejemplo permanente en lo político y económico del país; los que con sus convicciones y principios han contribuido con sus actos, sin importar las fórmulas; pero sí el espíritu de sus acciones a fortalecer el cambio social que en el tiempo y el espacio requiere la Patria para su engrandecimiento.

El General Raúl Madero, mi padre, luchador al lado de Villa, siempre ha considerado que los hombres y las ideas surgen en relación directa a las circunstancias del momento histórico que viven los pueblos, por eso se originó el movimiento insurgente con patriotas que nos dieron orgullo de mexicanos.

Cuando nuestro país se vio amenazado y requirió la defensa de sus hijos contra la intervención extranjera apoyada por apátridas, traidores y equivocados, surgió, con el apoyo indoblegable de los mexicanos, la figura del Presidente Benito Juárez, fortalecido en sus ideas y acciones por el grupo de ideólogos liberales que apoyaron la reforma y rescataron la dignidad de la República.

Cuando algunos defensores de la Patria traicionaron sus principios democráticos, anteponiendo sus intereses personales a los de la Nación y se adueñaron del Gobierno, nuevamente el pueblo de México se reveló en base a los principios políticos de Sufragio Efectivo, No Reelección, Democracia y Justicia Social; principios ideológicos que habrían de iniciar una nueva etapa renovadora de la Patria.

Francisco I. Madero ascendió a la Presidencia por mandato del pueblo y apoyado en la fuerza vigorosa de sus ideas democráticas; por destino impredecible de la historia, fue víctima de las mismas fuerzas nefastas que atentaron contra la Nación. Pero no previeron que ese sacrificio iniciaría el movimiento social que aun en contra de los críticos avezados, sigue vigente fortalecido por los Presidentes que han respetado los principios de sufragio efectivo, no reelección; sostén vigoroso de las instituciones del Estado.

Al violarse, en 1913, el orden constitucional por la suplantación de Victoriano Huerta, este honorable Cuerpo Legislativo se dignificó con la fuerza de la verdad y el valor que infunde la legalidad, en la palabra del Senador Belisario Domínguez, quien desconoció el régimen de la usurpación, aún a costa de su propia vida.

¡Qué bueno que actualmente nos podemos sentir orgullosos de nuestro Ejército mexicano, nacido de la Revolución y fortalecido por los principios institucionales de lealtad a la voluntad de nuestro pueblo!

Los que aún sueñan por ahí, aun utilizando la ficción política, que pudiera renace un Victoriano Huerta, que tengan cuidado porque en esta época no se les vaya a convertir en pesadilla, porque cuando el pueblo apoya a su Gobierno, y cuando el Ejército es parte del mismo pueblo, pueden, si alguien lo amenaza, surgir los Villas, los Carranzas, los Obregones, los Zapatas y Maderos, que restaurarán la legalidad constitucional que es intocable y sagrada para los mexicanos.

Los que juzgan a nuestros próceres en lo individual, actuando como críticos irreflexivos y condenadores implacables, sin entender que el patrimonio ideológico del país se ha nutrido con la solidez plural del pensamiento y la fuerza de las acciones de sus hijos, que es la democracia, están equivocados. Prueba de ello es nuestro acervo ideológico, y ya lo dijo el Senador que acaba de venir a esta tribuna, que la fuerza de la palabra ha sido originada por la chispa del pensamiento en las emociones de los hombres. "El respeto al derecho ajeno es la paz; sufragio efectivo, no reelección; tierra y libertad; la tierra es de quien la trabaja; democracia y justicia social, son la conjugación doctrinaria de los forjadores de la patria."

Señor Presidente de la República; señores Senadores y Diputados. Todos sabemos que la Revolución significa rectificar, cambiar cuando la sociedad lo requiere; por eso usted, Señor Presidente, es el hombre que la Patria dio, en este momento histórico del proceso revolucionario de México, al estatizar por medio de los decretos, la banca privada. La historia así lo señalará.

Nuestra democracia, con estas acciones de nuestros héroes en compañía del pueblo de México, se consolida; nuestra transformación revolucionaria se adecúa; nuestra ideología se nutre y el proceso histórico de México continuara firme y sólidamente por el camino de un nacionalismo revolucionario hacia una sociedad más igualitaria, por la fe y voluntad inquebrantable de sus hijos.